

T

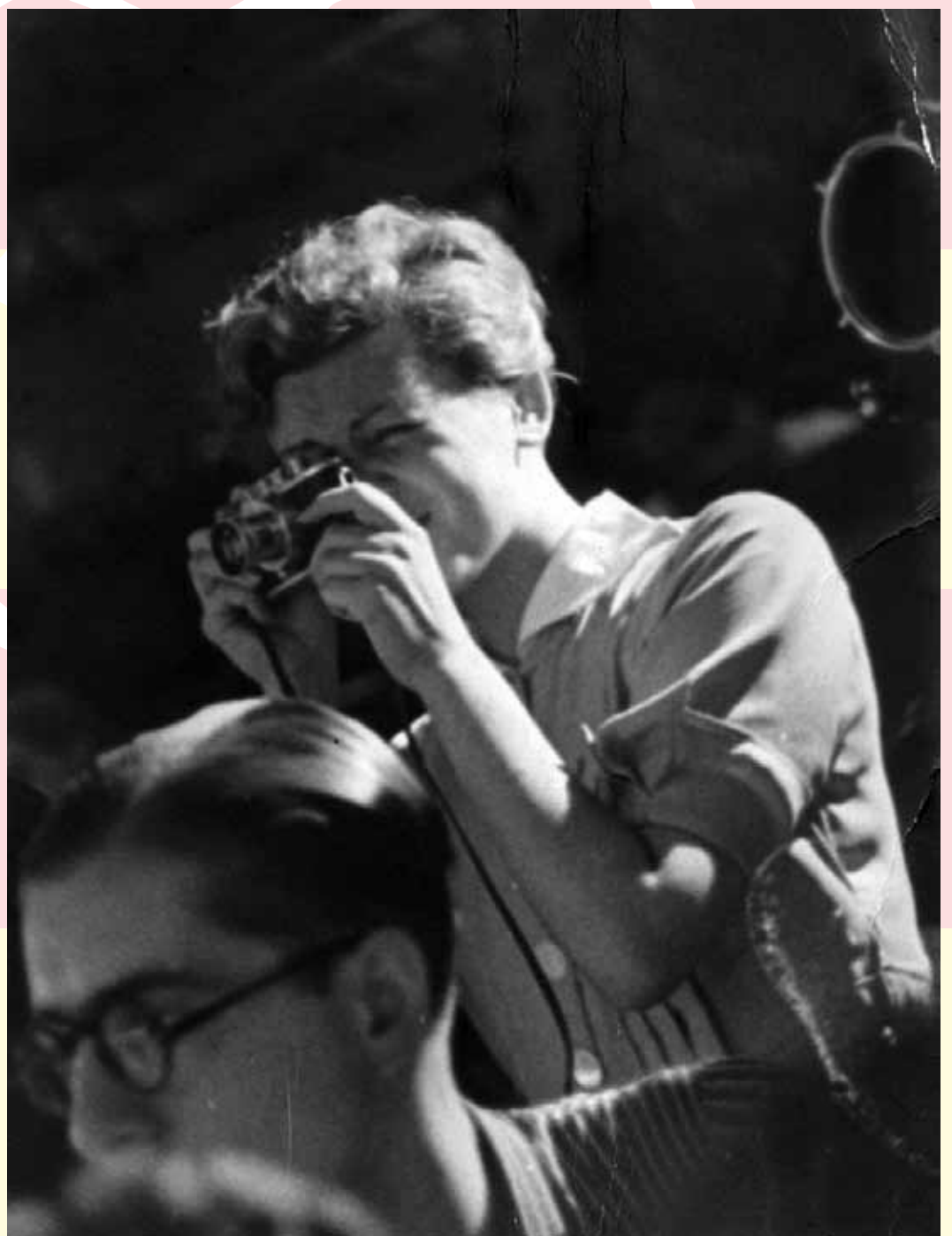
Periódico de arte, cultura y desarrollo
del Centro Cultural Parque de España. Rosario, Argentina.
Número 13, primavera de 2011. ISSN: 1853-9955



—Transatlántico.

Acaso blindar la rosa no sea la mejor metáfora para cambiar el mundo

La fotógrafa y militante republicana Gerda Taro cubrió la Guerra Civil Española acompañando las tropas de soldados al frente de batalla, donde murió en julio de 1937. Primero con el seudónimo Robert Capa, bajo el cual firmó sus reportajes en colaboración con Endre Friedmann, y después en solitario, la pionera cronista gráfica supo captar con su cámara el instante crucial y extraordinario en el que una imagen se vuelve testimonio. TEXTO: CLAUDIA GILMAN.



A pesar de la innumerable documentación sobre su vida, su obra y su muerte heroica, la desaparición histórica de Gerda Taro (recientemente remediada) es tanto un enigma como una ingratitud. Gerda Pohoyrille era el nombre verdadero de esta ciudadana de origen judío, con pasaporte polaco, nacida en Stuttgart, Alemania, destino de emigración de sus padres, oriundos de Galitzia-Oriental, región que antes de la guerra de 1914 formaba parte del desaparecido Imperio Austro-húngaro, actualmente Ucrania.

Desde chica Gerda sufrió la humillación de ser pobre, hija de judíos, sin raíces y sin mundanidad. Su simpatía por las ideas de izquierda, lejos de ser una pose, era buen tino y mejor instinto.

A los veintitrés años pasó por la cárcel y por las camisas pardas. Se refugió en París y en esas calles que hay en cualquier lugar pudo haberse cruzado con Raúl González Tuñón a quien seguro sí vio y tal vez fotografió en España, en 1937, cuando nació a la vida pública y murió de casi todas las otras conocidas. Se cruzó en sociedad de profesión y amores con el húngaro Endre Friedmann, en tiempos de Rolleiflex y Leicas, las cámaras fotográficas de pequeño formato que revolucionarían la manera de contar la guerra. Y habría guerra para rato.

Pero eso no lo sabían ni Gerda ni Endre cuando planearon la impostura "Robert Capa",



seudónimo que postulaba la existencia de un cronista estadounidense y que juntos utilizarían para vender sus reportajes desde la España de la guerra civil. El invento no duró lo mismo para ambos. Sí, en cambio, el impacto de las imágenes extraordinarias tomadas por los dos, indistintamente, con las cámaras que intercambiaban y compartían, y con las que difundían además la causa republicana. Endre se quedaría con "Robert Capa" al punto de pasar a ser reconocido con ese nombre y no con el propio. Gerda tendría que inventarse otro para independizarse, incluso contra el éxito inmediato suscitado por las imágenes tan cercanas de la guerra. Como los ingresos iban a la caja común, los socios y amantes no pensaron entonces en frivolidades como la autoría o el reconocimiento.

Gerda fue la primera fotógrafa que acompañó tropas con las que, además, compartía ideales. Soldados y generales eran también camaradas que la apreciaban, deseaban y hasta identificaban como la "rubia de Brunete". Estéticamente interesada en explorar las propuestas del movimiento de la Nueva Visión (que propone una fotografía experimental



de cuño constructivista, con grandes contrastes y planos descentrados), su experiencia en el frente le hizo ver que la guerra no posaba. Fotografiar el instante de peligro, finalmente, implicaba aceptar que la mejor visión era la visión posible. El primer reportaje firmado "Capa & Taro" es un manifiesto de la gesta personal y libertaria de Taro, el intento por quitarse la capa de Capa. Apareció en *Regards* el 18 de marzo de 1937. Decidida a permanecer en España, sin Capa, firmó "Photo Taro" los trabajos que publicaron las revistas *Regards*, *Ce Soir*, *Volks-Illustrierte*. Su obra solista despertó gran interés: uno de sus trabajos más importantes fue la cobertura de la victoria republicana sobre las tropas de Benito Mussolini en Guadalajara.

Los testimonios de sus contemporáneos la recuerdan yendo (a veces con temeridad) en busca de la acción. Durante una caótica retirada de tropas, bajo los bombardeos enemigos en Brunete, Gerda fue atropellada accidentalmente por un tanque y murió al día siguiente en el hospital tras una cirugía que no prosperó.

La heroína antifascista

¿Cómo pensar el actual "redescubrimiento" de Gerda Taro? ¿Como un efecto de memoria o de olvido? La fama de Robert Capa y la historia de Europa podrían explicar el olvido. En diciembre de 1938, la revista inglesa *Picture Post* consagraba a Capa "el fotógrafo de guerra más importante del mundo". La imagen de Endre que ilustraba la portada (una fotografía sin autor, como si la hubiera captado un NN) había sido tomada por Taro dos años antes. El franquismo, que censuró el pasado y el presente, sumado a la "solución final" de la guerra que exterminaría a los familiares de Taro y su memoria, sin duda ayudaron a no recordarla.

Es extraño, sin embargo, que la "fama" de Gerda Taro se eclipsara tan rápido si se tiene en cuenta que cubrió profesionalmente el Segundo Congreso Internacional de Escritores para la

Defensa de la Cultura, donde participó como una más entre el más de centenar de célebres escritores que pasaron por España en julio de 1937: Louis Aragon, Tristan Tzara, Ilya Ehrenburg, Antonio Machado, Luis Cernuda, León Felipe, John Dos Passos, André Malraux, Pablo de la Torriente, Ernest Hemingway, Bertolt Brecht, W. H. Auden, Octavio Paz, Alejo Carpentier, Nicolás Guillén, César Vallejo, Cayetano Córdova Iturburu, Raúl González Tuñón, Vicente Huidobro, Pablo Neruda, Rafael Alberti, Antonio Machado, Miguel Hernández, Claude Aveline, Michail Kolstov, para mencionar algunos pocos, sin contar al delegado chino.

Gerda no pasó desapercibida para muchos de esos eximios poetas "violinistas" ni para aquellos que habían ido con sus esposas, todas personas entre quienes vivió, se hizo familiar, querida (como dirá María Teresa León) y seguramente deseada. Según León, Gerda fumaba rabiosamente mientras la intervenían. Uno de los médicos corrobora lo que se dice en voz baja: que era muy guapa, que no tenía miedo y que parecía una artista de cine. León y su marido, Rafael Alberti, anfitriones del encuentro, recibieron la noticia del accidente, fueron al hospital, encargaron el ataúd a un carpintero y organizaron el velatorio en la sede de la Alianza Antifascista donde, diría León, sería difícil acostumbrarse a no verla más. La primera cronista de guerra caída en un frente de batalla recibió entonces honores a la altura de las circunstancias: capillas ardientes, oraciones pronunciadas por la crema y nata de la intelectualidad mundial, y homenajes de milicianos, obreros y poetas. En su momento, fue presentada como una Juana de Arco de la lucha antifascista en Valencia, Madrid y París, ciudad donde fue trasladada para su entierro. En la Gare d'Austerlitz, mientras sus familiares rezaban la oración fúnebre hebrea conocida como *kaddish*, la esperaban Endre Friedmann, ya reconocido como Robert Capa, más llantos y solemnidades. Con la mar-

cha fúnebre de Chopin como fondo musical miles de personas escoltaron el ataúd envuelto en una bandera roja hasta el cementerio de Père-Lachaise donde fue enterrada el día de su vigésimo séptimo cumpleaños. A la cabeza del cortejo marchaban Louis Aragon, Pablo Neruda y José Bergamín. Alberto Giacometti, nada menos, confeccionó la lápida y un monumento conmemorativo para su tumba. La prensa se conmovió en varias lenguas y Gerda fue una heroína llorada por jóvenes de todo el mundo.

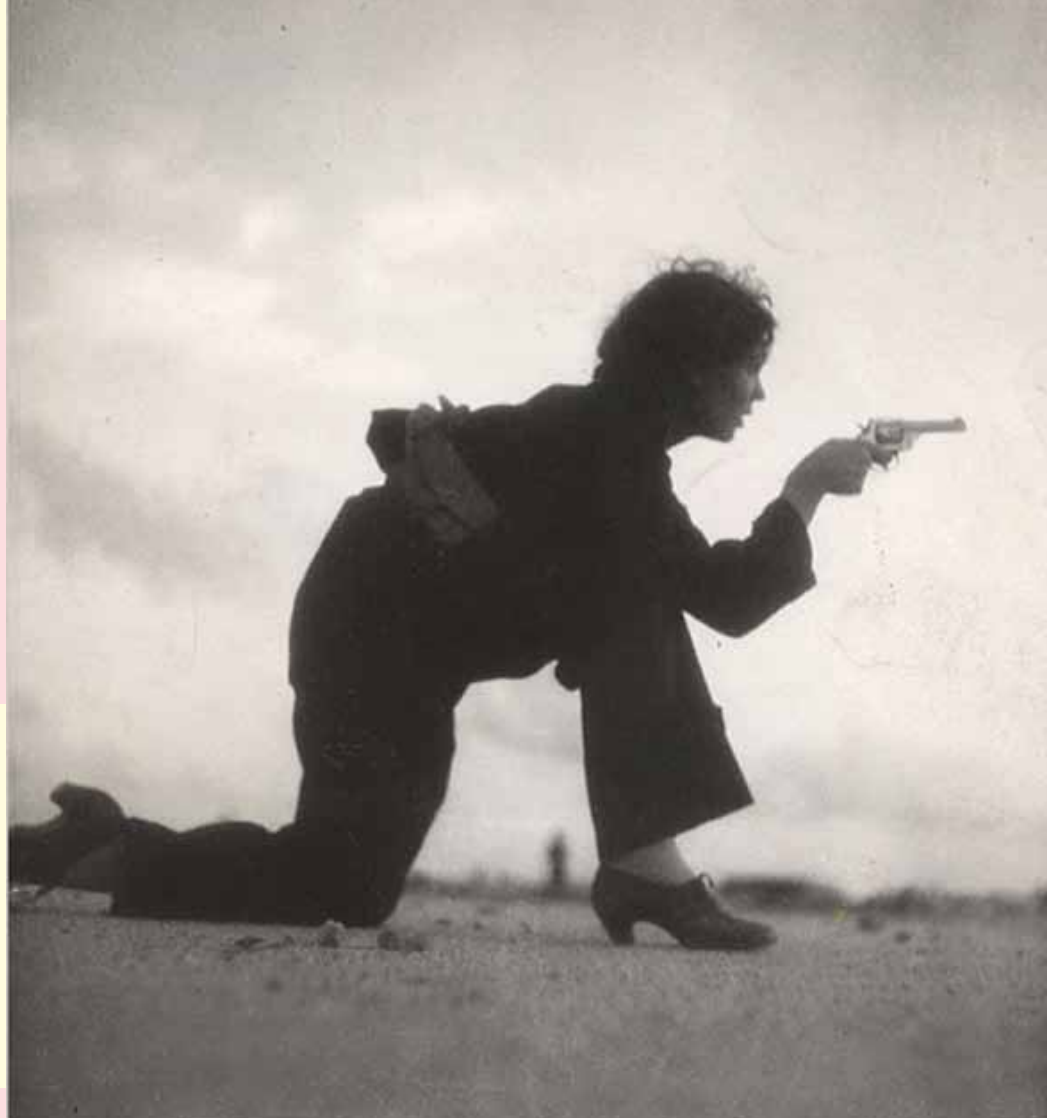
La linda niña valerosa, que se creía invulnerable, como la recordaría Rafael Alberti; la de la hermosa frente, la cabeza deliciosa, la boca de impecable dibujo, que evocaría Córdoba Iturburu; aquella de sonrisa de fresca, flor y cabellos de oro rojo que no sería olvidada, como prometía Luis Pérez Infante, se fue diluyendo con el tiempo. Nadie puede prometer la eternidad a menos que se ocupe de hacer pasar el mensaje. Así como para muchos fue una revolucionaria heroica, para Hemingway fue lisa y llanamente una puta. A diferencia de Simone Weil, otra judía pelirroja que también anduvo por España y que fue llamada "virgen roja", Gerda era sensualmente terrenal y carecía de los prejuicios de quienes la rodeaban.

En ese sentido, fue una de las primeras mujeres "liberadas" y, tal vez, una de las últimas. No le alcanzó la vida para desmentir los prejuicios de su tiempo.

Maridos innecesarios

Gerda no alcanzó a discutir con la posteridad ese olvido que es mucho más que la sombra del gran hombre. No estaba el mundo preparado para imaginar una subjetividad femenina que no se candidateara para esposa, ni de César ni de Dios. Es curioso pero cierto: la noticia necrológica que le consagra Vicente Salas Viu está ilustrada con una foto de Gerda y Capa y el epígrafe también la ubica en situación de pareja: "Gerda Taro y Capa su compañero", se lee.

Recientemente dos escritoras han recordado a Gerda con mirada de mujer. Elena Garro, en su libro *Memorias de España 1937*, publicado en 1992, la evoca como una rubia con aire melancólico de canario extraviado. Se identifica con ella por el parecido de los nombres (Garro la llama Tarro) y el de las camisas que ambas llevan puestas el día de la apertura del Congreso antifascista en España. También precisa verla en compañía: Gerda forma entidad junto a Capa, la pareja romántica y audaz, envuelta en un halo trágico y aventurero. Es difícil que Gerda, que había rechazado la propuesta matrimonial de Capa, que había dicho que no quería ser su sombra y que estaba harta de que él se apropiara de su trabajo, se reconociera en la imagen femenina que crea Garro para ella —o para sí misma—. En sus "memorias", que pretenden captar en los años noventa ese pasado español, Garro se ve como una niña torpe, arrastrada por "Paz" (así lo llama a su marido, el poeta Octavio Paz) a una aventura que no comprende, de hoteles incómodos y nombres ilustres. Lo más sorprendente es que, como de contrabando, vuelva a ingresar la figura de la consorte. Garro "recuerda" el desconsuelo de Kapa (sic) ante la muerte de Gerda. La misma operación que restituye en primer plano la figura masculina puede leerse en el obituario de la revista *Life*: en tan escueta información, *Life* no deja de consignar la muerte de Taro, "con Robert Capa, su marido, a su lado".



En realidad, Capa no era su marido (si bien él hizo creer eso a todo el mundo tras la muerte de Gerda, sin ser desmentido) ni estaba junto a Gerda cuando murió. ¿Una mujer no podía morir sola? A lo mejor no entonces.

En *Tinísima*, la novela que tiene como protagonista a Tina Modotti (fotógrafa extraordinaria que, curiosamente, también estaba presente en el Congreso, en España), Elena Poniatowska (que realiza una exhaustiva y casi milagrosa investigación documental) describe a Gerda a través de la mirada de su personaje. Allí no hay esposos, ni parejas, ni maridos necesarios. Hay competencia entre mujeres. ¿Por qué la juzgo tan severamente? Se pregunta Tina/Poniatowska. Si yo también quería fama, ser la primera, que los hombres corrieran tras de mí. ¿Por qué le molesta que, como relata, los soldados la invitaran a beber con ellos, la desearan, sucumbieran a la fascinación de su cabello refulgente al sol como el oro de los altares? Ese juicio entre mujeres, esa severidad tal vez expliquen otras zonas del olvido.

Las mujeres más increíbles del siglo

¿Cuán épica debe ser una historia para que sea memorable? ¿Quién es, quién puede ser un militante? ¿Quién fue, quién pudo ser heroico? Indaguemos en las palabras. El mataburros enseña que la militancia remite al universo de la guerra, ese caldero de sangre donde se cocinan hazañas, leyendas y fama, los temas principales de la épica y hasta hace poco también los de la historia, hija de la verdad, como nos recuerdan Cervantes, Borges y Menard.

Dice el sabio en el *Cratilo* que el heroísmo viene del amor. Sólo en el Eros surge lo heroico. Sin embargo, amor y heroísmo, como los entiende Platón (y nadie lo ha desmentido hasta la fecha) son atributos y sentimientos reservados a los seres superiores. Las mujeres antiguas estaban explícitamente excluidas del panteón e incluso del Eros, reservado al sentimiento altísimo que sólo puede circular entre

iguales. En Esparta, las costumbres impedían la formación de entidades como familia y hogar. Las glorias que la historia conserva son las de Aquiles, las del batallón sagrado de Tebas, Alejandro Magno, Odín, Rodrigo Díaz de Vivar, Robin Hood, Napoleón, los mártires, los santos, los dioses. En el género hagiográfico las mujeres apenas anotan y sólo son oficialmente reconocidas si el canon es del gusto de los señores oficientes.

Entre los intelectuales antifascistas no reinaba la máxima concordia por diversas razones, algunas políticas. Cuanto menos abstracto el enemigo, más fácil la unión contra él. Si hace falta alinearse prolijamente, la falange no se formará jamás de manera satisfactoria para todos los árbitros en la cadena de mandos imposible que el concepto de intelectual requiere, pero critica. Un héroe amoroso se deja dar órdenes de quien reconoce superior. Mika Etchebéhere (Argentina 1902 - París 1992), obtenía en aquel entonces en España el grado de capitana y el respeto de su gente en la División que lideraba Cipriano Mera. Mika, la única mujer que tuvo tropas a su mando durante la Guerra Civil, fue detenida en el frente en mayo de 1937 por trotskista. Gestiones de su jefe Mera le ahorran el calabozo. Al salir, se une a la agrupación "Mujeres Libres". La República Española pudo haber significado el fin del patriarcado. Cuando León Felipe, aludiendo a la derrota de los republicanos en España, vuelve a ver pasar la figura de Don Quijote ("Por la manchega llanura/ se vuelve a ver la figura/ de Don Quijote pasar./ Va cargado de amargura...), retoma el tópico del caballero de la triste figura que socorrieron los heridos orgullos hispánicos en 1898 para recubrir de sentido al personaje cervantino. Pero la historia no es repetición: al contrario, es lo nuevo que ya pasó. Pasaron por España, en un mismo momento las mujeres más increíbles del siglo pero nadie las vio juntas, ni siquiera ellas. Acaso blindar la rosa no sea la mejor metáfora para cambiar el mundo. ■

Algunos autores consultados: Fernando Olmeda, Elena Poniatowska, Elena Garro, Horacio Tarcus, Irme Schaber, Alex Kershaw, Richard Whelan, Arnold Rampersad, Patricia Albers.

La autora nació en Buenos Aires en 1961. Es ensayista y poeta, investigadora del CONICET y docente en la Universidad de Buenos Aires. Publicó la novela *Preciosas cautivas* (1993), el ensayo *Entre la pluma y el fusil: debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina* (2003) y los poemas de *Mejor mañana* (2004).